

# El misterio del mal y la misión de la Virgen María en la batalla espiritual del cristiano

*Francesco Bamonte, ICMS*

*Presidente de la Asociación Internacional de los exorcistas y exorcista romano.*

## 1. El origen del mal: la soberbia de Lucifer

**D**e una lectura completa de los textos de la sagrada Escritura y de la Tradición de los primeros Padres de la Iglesia, emerge explícitamente que el mal moral (el pecado) no ha tenido inicio con el hombre, sino de un ángel que cuando fue creado por Dios resplandecía en belleza más que cualquier otro entre los ángeles y por tal motivo la tradición cristiana ha llamado con el término *Lucifer* que deriva de la palabra latina *lucifer* que significa “portador de luz”.

Este término no expresa el nombre propio del diablo, sino que indica la condición inicial de este ángel creado por Dios, convertido sucesivamente en enemigo del hombre, ofensor de Dios y jefe de los espíritus angélicos rebeldes.

Exaltándose por el esplendor y la perfección de la naturaleza espiritual recibida de Dios en la creación, Lucifer que – en virtud de su inteligencia, cosa común a todos los ángeles, podía conocer la verdad y el bien de modo más perfecto de cuanto no sea posible al hombre – en lugar de aceptar la propia condición con dócil obediencia a través de un acto de una voluntad libre, decide dar la espalda a Dios contra la verdad del conocimiento que tenía de Él, como su Bien total y definitivo.

En otras palabras, Lucifer ha optado estar en contra de la Gracia, ha puesto un rechazo a su Creador, empujado por un sentimiento de falsa autosuficiencia y presunción de sustituirse por Dios en el gobierno del mundo espiritual y material, pretendiendo con soberbia aquel privilegio y aquellos honores que corresponden solo a Dios, exigiendo para sí la adoración, que es debida exclusivamente a Dios. Lucifer, por tanto, se pone en una condición de aversión respecto a Dios, que se manifestó con una rebelión abierta proponiéndose a sí mismo, en lugar de Dios, delante de todos los ángeles. El libro del Apocalipsis nos revela que un tercio de todos los ángeles fueron per-

suadidos por Lucifer decidiendo seguirlo en la revuelta y eligiéndolo como su jefe y señor al lugar de Dios (cf. Ap 12,4). Después de esta decisión, surgió en él y en los ángeles que lo siguieron un odio permanente hacia Dios.

## 2. Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo

Los setenta y dos discípulos, enviados por Jesús a anunciar la venida del Reino de Dios, regresaron llenos de alegría, asombrados y admirados por los efectos benéficos de su misión, y dijeron: «Señor, los demonios también se sometían a nosotros en tu nombre». Jesús respondió: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (cf. Lc 10,17-18). Los padres de la Iglesia intuyeron que estas palabras de Jesús no se refirían solo al ingreso del Reino de Dios entre los hombre – y con él, el fin ya inminente del poder tiránico ejercitado por Satanás sobre la humanidad–. Ellos intentaron también recordar un advenimiento bien preciso: la caída inicial de Satanás y los demás ángeles rebeldes junto con él. Su derrota se renueva en cada victoria obtenida por los discípulos sobre el enemigo, hasta su completo y definitivo fracaso. Muchos Padres de la Iglesia han reconocido además, en estas palabras de Jesús, una referencia explícita al texto del profeta Isaías 14,12-15, que, en la versión hebraica, dice, en el v. 12: «¿Cómo has caído de los cielos, estrella resplandeciente de la mañana, hijo de la aurora?» En el texto latino de la Vulgata se lee: « ¿Cómo has caído del cielo, Lucero, hijo de la aurora?» que corresponde al texto de los LXX (Setenta) «*beosfóros*», es decir, «*portador de luz*». Prosigue el texto en la versión hebraica: « ¿Cómo has estado tendido en tierra, señor de los pueblos? (v. 12b). Sin embargo tu pensabas: “Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios alzaré el trono, moraré en los montes de la asamblea, en la parte más remota del norte (v. 13). Subiré a las regiones superiores de las nubes, me haré igual al Altísimo” (v. 14). Por el contrario, has sido precipitado al infierno, a las profundidades del abismo (v. 15)». A partir de los Padres, la predicación cristiana, basándose en las palabras de Jesús: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo», se ha servido de aquel texto profético para ilustrar la caída de los ángeles rebeldes. Las palabras de Isaías dirigidas al rey de Babilonia, fueron de hecho referidas también al primero de los ángeles, llamado con el nombre de Lucifer, precisamente para indicar la condición de Satanás precedente a su irremediable caída. Los Padres enseñaban que, como el rey de Babilonia por su soberbia ha pasado de su gran esplendor al deshonor de su nueva condición, así, aquel que era el ángel más luminoso creado por Dios, ha pasado de la gracia y de la amistad con Dios al estado de maldición con la pérdida de todo su fascinante esplendor, por haber querido ser como Dios, pero contra de Dios.

### Significado del término “Lucifer”

¿Por qué aquel ángel, después caído, que era al inicio el más luminoso entre todos, fue llamado por los Padres *Lucifer*? La versión latina de la Sagrada Escritura, la Vulgata, desde el inicio ha traducido la expresión hebraica *hêlêl* de Isaías 14,12, que significa *resplandeciente*, con *lucifer*, término latino que significa *portador de luz*. El planeta Venus en la tarde, al ponerse el sol, era llamado por los griegos *hêsperos*, por los latinos *hêsperus* o *vesper*, mientras que por el esplendo que asume en la mañana antes del alba, era llamado por los griegos *heosfôros* y por los latinos *lucifer*. Los Padres de la Iglesia han hecho esta analogía: como en el cielo de la mañana, poco antes de salir el sol, vemos el planeta Venus más resplandeciente que cualquier otra estrella, de la misma manera, entre los ángeles, había uno que antes de su caída resplandecía en belleza más que cualquier otro entre los ángeles de Dios. Fue después de esta analogía que varios Padres de la Iglesia aplicaron el término *Lucifer* a aquel que era el más luminoso de los ángeles, después de revelarse a Dios. Tal apelativo le viene atribuido en la tradición cristiana como su nombre propio, pero tal denominación no se encuentra expresamente en la Sagrada Escritura. *Lucifer*, más que un verdadero y propio nombre del diablo, es una imagen expresiva para indicar aquel que al inicio era el ángel más estupendo creado por Dios, convertido sucesivamente en el jefe de los espíritus angélicos rebeldes a Dios. Numerosos teólogos y Padres de la Iglesia (Orígenes, Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Cirilo de Alejandría, etc.) utilizaron el término *Lucifer*, que de por sí expresa una condición feliz, para indicar a Satanás, que en el Nuevo Testamento es presentado como jefe de los demonios, los cuales le ayudan en su acción pernicioso en medio de los hombres. El nombre Lucifer vino a tener así un sentido maléfico.

### 3. Irremisibilidad del pecado de los ángeles

Los ángeles son seres puramente espirituales, es decir, no constituidos como nosotros los hombres de materia y espíritu, sino de solo espíritu; no son por lo tanto condicionados ni limitados a la medicación del conocimiento a través de los sentidos, como por el contrario ocurre en nosotros y por eso son conscientes de la grandeza del Ser infinito de Dios. La decisión tomada por Lucifer y por los demás ángeles rebeldes, fue por tanto total, definitiva e irreversible.

El motivo de esta opción radical contra Dios aparece como una locura, pero es explicada por la ceguera producto de la sobrevaloración de la perfección del propio ser, que empuja primero a Lucifer, después a los otros

espíritus que lo siguieron, a preferirse a sí mismo hasta el punto de negar la excelencia del ser de Dios, que exigía un acto de reconocimiento amoroso libre de la propia dependencia a Él.

Su pecado es entonces irremisible, no porque Dios no les ofrezca su misericordia, sino porque no quieren y no pueden pedir perdón. Ellos quieren firmemente lo que han elegido: un rechazo neto, consciente e irrevocable del amor y de la misericordia de Dios<sup>1</sup>.

Se comprende entonces el motivo por el cual de los siete sacramentos, el más odiado por el demonio es el sacramento de la Confesión, porque cuando reconocemos con humildad y sinceridad nuestros pecados y los confesamos, hacemos lo que ellos en su desmedida soberbia no quisieron hacer y nunca harán: humillarse delante de Dios, reconocer que Dios es el Creador y el Señor y nosotros somos sus creaturas. Nosotros, por el contrario, reconocemos que Dios es nuestro Creador y que en Jesús Redentor nos ofrece su infinito amor y su infinita misericordia, confesamos humildemente nuestros pecados y pedimos perdón, le expresamos al mismo tiempo el propósito sincero de no querer ceder a nuestros pecados y de querer combatirlos para no cometerlos más, es entonces que encontraremos siempre a Jesús misericordioso con sus brazos abiertos de par en par para acogernos en su corazón, perdonándonos y dándonos la fuerza para nuestra batalla contra el mal.

Lucifer y los demás ángeles que lo han seguido no han aceptado que su creación, de parte de Dios, fuera subordinada a su eterna decisión de hacerse hombre.

Algunos autores cristianos fidedignos, posteriores a los Padres de la Iglesia, afirman además que Lucifer se ensoberbeció cuando Dios le reveló anticipadamente el querer asumir la naturaleza humana. Lucifer queriendo ser él el centro del universo y considerando nuestra naturaleza humana inferior a su naturaleza angélica, no aceptó la opción de Dios de quererse encarnar en la humanidad y, por consecuencia, no aceptó ni siquiera que la Mujer de la cual Dios habría nacido como verdadero hombre, fuese elevada por encima de las creaturas humanas y angélicas, convirtiéndose así en Reina de los hombres y de los ángeles.

---

<sup>1</sup> En el instante en el cual Lucifer y los demás ángeles rebeldes decidieron oponerse a Dios, optaron también por permanecer para siempre en tal oposición, sin regresar sobre su decisión. La naturaleza angélica es tal que por medio de un solo acto decide por sí misma de manera irreversible. Cuando un ángel toma una decisión es definitiva, por lo tanto acepta de forma inamovible y no puede cambiarla más precisamente por su naturaleza completamente espiritual.

A menudo, nosotros los exorcistas, mientras celebramos el misterio de liberación que la Iglesia nos ha confiado, escuchamos los demonios quejarse insistentemente, llenos de odio y de rabia hacia Dios, porque no toleran que el mismo Dios se haya hecho hombre en Cristo, asumiendo nuestra naturaleza humana, que ellos consideran inferior a su naturaleza angélica. Y no toleran que su Madre, aunque constituida como toda creatura humana de espíritu y materia, es decir, de alma y cuerpo, haya sido elevada por encima de los ángeles, que son espíritus sin materia. Los demonios, de hecho, desprecian la materia, considerada por ellos como algo bajo e inferior, y no aceptan que haya sido ennoblecida de esa forma por Dios.

En realidad – según los Padres de la Iglesia– ellos no han aceptado que su creación, de parte de Dios, fuera subordinada a su eterna decisión de hacerse hombre mediante la Encarnación, es decir, de entrar en el mundo de la materia, del espacio y de tiempo para hacer a los hombres partícipes de la naturaleza divina. La creación de los ángeles, de parte de Dios, fue orientada de hecho, desde el inicio, hacia la síntesis del mundo material y espiritual, constituida justamente por el Hombre. El encuentro de estas dos dimensiones – material y espiritual– habría tenido en su centro el advenimiento de la Encarnación: el Verbo de Dios habría asumido la carne, por medio de la Virgen María, y se habría hecho hombre. En el proyecto de Dios, entonces, es el Verbo, la segunda Persona de la Santísima trinidad, el Hijo – que asume la carne y se hace hombre– que da consistencia y significado a todo el universo, incluidos a los mismos ángeles. Dios, sin embargo, sabía que Lucifer y una parte de los ángeles no habrían aceptado esto; sabía que ellos habrían usado el don de la libertad para rechazarlo a Él y su proyecto de amor sobre toda la creación, introduciendo en ella el mal, que en la creación originaria no existía. Por esto, desde el inicio de la creación, Dios estableció que la Encarnación del Verbo habría sido también redentora, con el fin de salvar la creatura humana. Mientras creaba, entonces, Dios pensaba en el Hijo hecho hombre – es decir, Cristo Jesús– como Redentor y a su Madre, cooperadora con el Hijo Redentor.

#### **4. Dios respeta el libre albedrío de sus creaturas**

No se puede atribuir a Dios el ingreso del mal en el mundo: de Él no puede venir nunca el mal, ni Él puede ser considerado “causa” del mal sino causa creadora de seres libres. El origen del mal va remontado más bien a la libertad limitada, sea de los ángeles sea de los hombres: ella, puesto que es finita, es expuesta al fracaso, como observan San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Para impedir el mal, Dios debería haber creado seres privados de

libertad y de inteligencia; pero, de este modo, habría negado su capacidad de cumplir el bien con consciencia. La libertad exige, por el contrario, la posibilidad de elegir y de no elegir el bien, y también el Bien supremo, que es Dios. Si consideramos nuestra experiencia humana, debemos reconocer que toda unión afectiva auténtica no puede fundarse sobre la obligación; el amor es verdadero si proviene de una opción libre. Dios, que es amor, para obtener el amor de sus creaturas se expone, incluso, al riesgo de sus rechazos. Precisamente porque es amor, Dios no puede establecer ni en contra de los ángeles ni en contra de los hombre relaciones de dominio o de sumisión: el amor de Dios, o se escoge libremente o no se escoge. La disponibilidad al amor une a las creaturas angélicas y humanas en Dios, llevándolas a alcanzar la felicidad eterna; pero esta acogida, esta apertura al amor de Dios es siempre un movimiento interior libre y voluntario de la creatura. Dios no pudo imponernos el amor hacia Él, porque en el momento en que lo impusiera, no podría más ser amor. He aquí el por qué ha debido crearnos libres: para darnos la posibilidad de abrirnos a su amor y así poder participar de su naturaleza divina y alcanzar la beatitud eterna. Si hubiera creado a los ángeles y a los hombres sin libertad, habrían sido incapaces de amar y entonces incapaces de alcanzar el fin mismo de su existencia, que es el amor perfecto, en la felicidad eterna de la visión beatífica de Dios-Trinidad.

De la libertad, sin embargo, es posible un uso santo y correcto o un abuso reprobable: Dios no podía – por los motivos expuestos arriba– obligarnos a un uso positivo de ella, excluyendo la posibilidad que nos sirviéramos mal de ella. El desorden consiste en la dramática elección del ángel o del hombre de tomar su propia libertad para oponerse a Él, rechazando su amor o el amor de las demás creaturas. Esta actitud es la que orienta al ángel y al hombre hacia la perdición eterna. Sin libertad, entonces, no se puede salvar: o se salva libremente o se pierde libremente. Es por eso que Dios, incluso queriendo para todas sus creaturas la beatitud eterna, ha querido hacer posible la perdición eterna. Sin embargo, Él no predestina a ninguno al infierno: es la misma creatura quien elige, libremente, un estado de perdición.

Sin duda, hay hombres que aprovechando la libertad que Él les ha dado, la usan para ofenderlo y creen poder ser felices sin Él. Dios nos ama tanto que respeta nuestra libertad, aunque decidamos alejarnos de Él por toda la eternidad y odiarlo entonces para siempre.

## **5. La metamorfosis de Lucifer y de los ángeles que lo siguieron**

En el instante en que Lucifer y los demás ángeles rebeldes decidieron oponerse a Dios, de construir su reino anti divino y ser los enemigos

eternos de Dios, ocurrió en ellos una horrible transformación inmediata. El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* (CCIC) en relación a esta metamorfosis se expresa así: «ángeles creados buenos por Dios, que se transformaron en malvados porque rechazaron a Dios y a su Reino, mediante una libre e irrevocable elección, dando así origen al infierno.» (n. 74).

Desde aquel momento, Lucifer conservando incluso su naturaleza angélica, no fue más portador de la luz y de la belleza de Dios, convirtiéndose en un ser monstruoso y repugnante, caracterizado por un odio indescriptible e irresistible contra Dios y el bien y manifestando en sí el máximo de la fealdad a la cual nunca ha llegado la creatura separándose del Creador. En esta nueva y tremenda condición la Sagrada Escritura le atribuye diversos nombres: «Diablo, Satanás, Maligno, Tentador, antigua serpiente, dragón». Los ángeles rebelde que lo siguieron los define en cambio con términos como: «espíritus malignos, espíritus inmundos, demonios».

## **6. La reacción de los ángeles fieles a Dios presidida por San Miguel Arcángel**

Inmediatamente después de la decisión irreversible, se desencadenó una lucha con los ángeles fieles a Dios que el libro del Apocalipsis describe así:

Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus Ángeles fueron arrojados con él (Ap 12,7- 9).

Es este el único texto de la Sagrada Escritura de donde estamos informados que de la rebelión del dragón — es decir, de Satanás y sus ángeles— siguió inmediatamente la reacción de los ángeles fieles a Dios, presidido por un ángel que la Sagrada Escritura pronuncia en hebreo con la expresión «Mi-cha-El», Miguel, que significa «¿Quién como Dios?» Sabemos que el nombre de cada ángel nos indica la misión específica hacia nosotros y la creación en general. Habiéndose mostrado este ángel al grito de Mi-cha-El, “¿Quién como Dios?”, el más valiente y el primero en luchar por el honor de Dios, fue puesto por Dios como jefe de las filas celestiales. Su nombre, Mi-cha-El, expresa al mismo tiempo, sea un grito de amor y fidelidad con respecto a Dios, sea de humilde reconocimiento con respecto a Su infinita grandeza y bondad. En tal modo, este ángel se contrapuso a la soberbia y a la atrevida presunción de Satanás, que afirmaba ser como Dios son serlo realmente. «Mi-cha-El, ¿Quién como Dios?» es también una afirmación de la verdad

sobre Dios, que Lucifer, convertido en Satanás quiere negar. El nombre «Mi-chá-El», en definitiva, describe también la misión de este ángel en orden a la creación: Él se convirtió en el jefe de los ángeles que combatieron y combaten todavía contra Satanás y los demás ángeles rebeldes, recordándoles a ellos que «ninguno es como Dios». Este pasaje del Apocalipsis, concierne, por lo tanto, un evento del pasado, ciertamente, pero también un acontecimiento que continúa en el presente y se extiende al futuro: tal como en el mundo angélico Mi-chá-El condujo la lucha contra Satanás y lo eliminó (Ap 12,9), así está ocurriendo ahora sobre la tierra.

## **7. Satanás y los demonios tratan de asociar a los hombres a su misma rebelión contra Dios**

El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* (CCIC) en el n. 74 –citado anteriormente– continua diciendo: «Los demonios intentan asociar al hombre a su rebelión contra Dios». ¿En qué modo buscan ellos asociarnos a nosotros los hombres a su misma rebelión contra Dios? Buscando persuadirnos para tergiversar el criterio del bien y del mal que Dios nos ha dictado. Dios solo conoce perfectamente aquello que es verdadero y bueno para nosotros y en virtud de su mismo amor nos lo propone en los Mandamientos. Escribía Juan Pablo II en la encíclica *Veritatis Splendor*: «La ley de Dios, pues, no atenúa ni elimina la libertad del hombre, al contrario, la garantiza y promueve» (n. 35). Satanás, por el contrario, cuando dijo a la primera pareja humana: «Seréis como Dios, si hacen lo que yo les digo» insinuó y continúa todavía hoy insinuando al hombre la mentira que será feliz y realizado si sigue un camino diferente al indicado por Dios. Partiendo de la verdad del fin por el cual Dios ha creado al hombre, es decir, «alcanzar la semejanza a Él por participación a su naturaleza divina en Cristo y por medio de Cristo», Satanás con traición y engaño presenta al hombre la realización de tal semejanza, no por la vía de la gracia y del amor gratuito de Dios en Cristo, sino a través de numerosas y engañosas vías que en realidad suscitan rebelión y oposición a Dios porque encienden en el hombre el deseo de querer convertirse en Dios, *pero sin Dios*, llegando así al punto de considerarse ilusoriamente él mismo dios al lugar de Dios. Así, el hombre se absolutiza a sí mismo porque llega a creer falsamente poder sustituirse por absoluto divino<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> «Éste (el hombre) inicia su historia de pecado cuando deja de reconocer al Señor como a su Creador, y quiere ser él mismo quien decide, con total independencia, sobre lo que es bueno y lo que es malo. «Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gn 3,5): ésta es la primera tentación, de la que se hacen eco todas las demás tentaciones a las que el



Poder ser como Dios, pero sin Dios, es la gran mentira con la cual Satanás tienta a los hombres de todo tiempo, con el propósito, en realidad, de separarlo de Dios para conducirlo a la ruina eterna. No pudiendo combatir directamente a Dios, Satanás quiere vengarse de Él arrebatándonos a nosotros sus hijos, para que también nosotros perdamos para siempre aquello que él y los demás ángeles rebeldes perdieron para siempre.

Reiteramos que los ángeles saben que —a diferencia de ellos, que por la propia naturaleza angélica, por medio de un solo acto decidieron por sí solos de manera irreversible— los hombres no establecen con una sola decisión su último destino, porque la naturaleza humana tiene necesidad de muchos actos para llegar a estar a favor o en contra de Dios para siempre<sup>3</sup>. Satanás, por tanto, durante el trascurso de la vida terrena de los hombres sabe que debe esforzarse por tentarnos a nosotros los hombres para orientar nuestra decisión en dirección opuesta a nuestro verdadero bien, así como obró en el mundo angélico para que los ángeles no aceptaran con agradecimiento a Dios, su Creador, como Jefe y Señor, y se propuso en lugar de Él, así ahora busca proponerse a los hombre, por medio del engaño del pecado, como su jefe y señor. Todo su actuar entre los hombres va dirigido a impedir que la naturaleza humana se una a la naturaleza divina, impedir que el hombre se una a Dios, o si ya está unido que se separe de Él. Además, considera que mientras sea mayor el número de las personas que logra conducir al pecado y perseverar en él, más puede extender su dominio en el mundo entero.

Téngase presente que para tentarnos se sirve de dos aliados potentes y que usa como dos armas:

- a. nuestra naturaleza humana que a consecuencia del pecado original fue inclinada hacia el mal;

---

hombre está inclinado a ceder por las heridas de la caída original» (JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, n. 102).

<sup>3</sup> La naturaleza humana, en otras palabras, no es capaz, como la angélica, de llegar a través de un solo acto a la bondad absoluta o a la perversidad inconvertible. Por eso, el pecado de la primera pareja humana, a pesar de haber sido gravísimo, no ha sido un mal irremediable para Adán y Eva y para los hombres que han venido después de ellos. En el pecado original existen atenuantes: 1°) Adán y Eva fueron tentados, es decir, fue un tentador quien los engañó. 2°) En cuanto seres humanos y en cuanto son compuestos por alma y cuerpo, no eran capaz con un solo acto de tomar una decisión radical e irreparable del mal como lo es en cambio para un espíritu puro. El pecado cometido por los progenitores, entonces, aunque con su gravedad y con todas las consecuencias dolorosísimas que le derivan, dejó a ellos y a todos los hombres que vendrían después de ellos el margen a la conversión, a la posibilidad de arrepentirse. Sabemos que tal posibilidad no es más factible para el hombre solo después de la muerte.

- b. el mundo, entendido en el sentido moral, es decir, la incidencia perniciosa que proviene de los hombres que viven en el pecado y lo difunden en la sociedad.

Dios ha venido en nuestra ayuda mandando a su Hijo Jesucristo al mundo para redimirnos del pecado y liberarnos del poder de Satanás.

En cuanto al mundo, seguirán manifestándose hasta el final de los tiempos las consecuencias del pecado original. Gracias, no obstante, a la Redención operada por Cristo, los hombres tienen la posibilidad de alcanzar la salvación eterna en el Paraíso, por eso, aunque Satanás y los demonios permanezcan siempre activos en el mundo, no pueden perjudicar nuestra alma si nosotros no consentimos voluntariamente al pecado que ellos nos proponen. Por más que su obra de seducción y persecución sea llena de insidia, cuando nos tientan podemos vencerlos con la gracia que Cristo nos ha merecido con su Encarnación, Muerte y Resurrección que obtenemos por medio de la oración, los sacramentos y nuestra adhesión personal a sus enseñanzas, a través de las cuales, nos vienen donados los mismos sentimientos de su Corazón. Tal gracia, en la medida en que es acogida por nosotros, nos hace partícipes de la misma victoria de Cristo sobre Satanás, que se convierte también así en nuestra victoria. Es este también el motivo por el cual, Dios permite que los espíritus demoníacos todavía estén activos en el mundo: Dios permite su acción hacia nosotros porque a través de nuestra resistencia nos da la ocasión de actualizar en nuestra vida la victoria del Hijo sobre el diablo y de progresar espiritualmente con actos de virtud. Tenemos así la ocasión para purificarnos y crecer en una comunión siempre más estrecha con Dios, avanzando en el camino de santidad. Resistiendo a las tentaciones, nosotros obtenemos, pues, un beneficio espiritual, porque con la gracia de Cristo, resistiendo y rechazándolos, en lugar de ser motivo de caída en el pecado, se convierten en ocasión de fortalecimiento en la virtud y de progreso espiritual<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> De esta manera, los demonios se convierten no obstante en siervos del Señor, o mejor dicho, en sus esclavos: «Es para hacer más grandes nuestros méritos, más puras y más altas nuestras virtudes, más rápido nuestro camino hacia Él, que Dios permite al diablo tentarnos y meternos a la prueba.» (Cf. Santo Tomás de Aquino, Comentario a la carta a los Hebreos, 12, 6). «Si les preguntan por qué Dios ha dejado subsistir al demonio (después de su rebelión), respondan: Dios lo ha dejado porque, lejos de dañar a los hombre atentos y vigilantes, el demonio sea útil para ellos. No por el hecho de su voluntad, que es perversa, sino gracias a la resistencia valerosa de aquellos que hacen volcar su malicia a su favor.» (San Juan Crisóstomo, Tercera Homilía sobre el demonio). Nuestra reacción, contra la acción del demonio, se convierte en un medio de progreso espiritual. Enseñaba Pablo VI en una catequesis: «qué defensa, qué remedio oponer a la acción del Demonio... todo lo que nos defiende del pecado nos defiende por ello mismo del enemigo invisible. La gracia

Este combate es inevitable, pero hay que considerarlo como una realidad extraordinariamente positiva. Y ese combate es realmente el terreno de nuestra purificación, de nuestro crecimiento espiritual, donde aprendemos a conocernos en nuestra debilidad y a conocer a Dios en su infinita misericordia; en definitiva, ese combate es el ámbito de nuestra transfiguración y de nuestra glorificación. Sin embargo, el combate espiritual del cristiano, aunque en ocasiones sea duro, no es en modo alguna la lucha desesperada del que se debate en medio de la soledad y la ceguera sin ninguna certeza en cuanto al resultado de ese enfrentamiento. Es el combate del que lucha con la absoluta certeza de que ya ha conseguido la victoria, pues el Señor ha resucitado: «No llores, ha vencido el león de la tribu de Judá» (Ap 5,5). No combate con su fuerza, sino con la del Señor que le dice: «Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza» (2Cor 12,9), y su arma principal no es la firmeza natural del carácter o la capacidad humana, sino la fe, esa adhesión total a Cristo que le permite, incluso en los peores momentos, abandonarse con una confianza ciega en Aquel que no puede abandonarlo. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4,13). «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» (Sal 27). El cristiano, llamado como está a «resistir hasta la sangre luchando contra el pecado» (Hb 12,4), combate a veces con violencia, pero combate con un corazón sereno, y ese combate es tanto más eficaz cuanto más sereno está su corazón. Porque, como ya hemos dicho, es justamente esa paz interior la que le permite luchar no con sus propias fuerzas, que quedarían rápidamente agotadas, sino con las de Dios<sup>5</sup>.

«Solo la gracia de Dios nos conseguirá la victoria, gracia cuya acción será más poderosa y eficaz siempre que mantengamos nuestro interior en la paz y el abandono confiado en las manos de nuestro Padre del Cielo»<sup>6</sup>.

## 8. La especial y estrechísima cooperación de María en la Redención operada por el Hijo

Durante su vida terrena, Jesús no quiso Redimir a los hombres sólo, sino con la estrecha cooperación de la Madre, la Virgen María.

Desde el momento en que fue concebido en Ella por obra del Espíritu Santo, hasta la muerte en la cruz, la Virgen estuvo estrechamente unida al

---

es la defensa decisiva. La inocencia adquiere un aspecto de fortaleza. Y asimismo cada uno recuerda hasta qué punto la pedagogía apostólica ha simbolizado en la armadura de un soldado las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (cf. Rm 13,12; Ef 5,11; 1Ts 5,8). El cristiano debe ser militante; debe ser vigilante y fuerte (1P 5,8); y debe a veces recurrir a algún ejercicio ascético especial para alejar ciertas incursiones diabólicas. Jesús lo enseña indicando el remedio “en la oración y en el ayuno” (Mc 9,29). Y el apóstol sugiere la línea maestra a seguir: “No os dejéis vencer por el mal, sino venced al mal con el bien” (Rm 12,21; Mt 13,29)» (PABLO VI *Audiencia General*, 15 de noviembre de 1972).

<sup>5</sup> J. PHILIPPE, *La paz interior*, Ediciones Rialp, Madrid 2006, 16-17.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 20.

Hijo, también cuando no estaba físicamente a su lado. La Virgen compartió todo con el Hijo, por tanto, también la lucha del Hijo con Satanás. Como fue para Jesús, también para Ella la cruz fue el momento culminante de aquel conflicto. Mientras Jesús estaba en la cruz, también Ella estaba espiritualmente clavada en la Cruz con el Hijo. Ella fue mártir con el Hijo: Con el Hijo se ofreció al Padre, con el Hijo místicamente sufrió y murió, y con el Hijo fue victoriosa sobre Satanás y sobre todas las fuerzas del infierno que se habían desencadenado<sup>7</sup>. Jesús inicio y llevo a cumplimiento la Redención de la humanidad en estrecha cooperación con la Madre y con Ella todo el tiempo, a través de los siglos, y continua aplicando a los hombre los méritos de su Redención y a obrar la liberación y la salvación de los hombres del poder de Satanás, y esto también por un principio de justicia: Satanás se había servido de una mujer para conducir la humanidad hacia el pecado y Dios se sirvió de otra mujer para libra la humanidad de las consecuencias del pecado y del poder de Satanás<sup>8</sup>.

Por este motivo, la Biblia, en particular el libro del Génesis, en los Evangelios y en el libro del Apocalipsis, nos revela que Dios ha confiado a la Inmaculada Virgen María una misión particular en la historia de la salvación, que no es solo cooperar como Madre con el Hijo Jesucristo para nuestra Redención, sino estar junto a los discípulos del Hijo en la continua lucha espiritual que deben sostener contra la propia inclinación personal al mal, contra aquellos que en el mundo difunden el pecado y contra los espíritus malignos. Con su materna intercesión, Ella obtiene para sus hijos las gracias merecidas por el Hijo con la Redención<sup>9</sup>. Como la Virgen ha cooperado con

---

<sup>7</sup> Tal consenso «que da a la inmolación de Jesús no constituye una aceptación pasiva, sino un auténtico acto de amor, con el que ofrece a su Hijo como “víctima” de expiación por los pecados de toda la humanidad» y así quitar a los hombres del poder de Satanás. A los pies de la cruz, María «sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima».

<sup>8</sup> «Como por una virgen quedó el género humano sujeto a la muerte, así, por una virgen, fue liberado. La balanza está, pues, en el fiel; en un platillo, la desobediencia; la obediencia virginal en el otro. El pecado del primer hombre fue perdonado por el castigo que sufrió el Primogénito, y la sencillez de la paloma triunfó de la astucia de la serpiente, siendo liberados de las ataduras de la muerte con las que habíamos sido sujetos» (San Ireneo de Lyon).

<sup>9</sup> La misión de Madre que ayuda y socorre a sus hijos, que la Virgen desempeña a nuestro favor y continuará desempeñando hasta el final de los tiempos, el *Concilio Vaticano II* lo expresa con estas palabras: «Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora» (*Lumen gentium*, 62).

el Hijo Jesús en la lucha y en la victoria contra Satanás, así es puesta por Dios junto a nosotros en nuestro combate espiritual.

## **9. La misión de la Virgen en nuestro combate personal contra el mal**

La Virgen es la presencia materna, el corazón materno que Dios mismo nos da para ayudarnos en este combate. Ella no sustituye a Jesús, sino que con su presencia acogida por nosotros y con su acción materna recibida libremente por nosotros, dilata el espacio a través del cual Jesús Salvador puede intervenir potenciando su gracia en nosotros, y así, hacernos alcanzar la victoria. Jesús nos entregó esta Madre antes de morir, cuando en lo alto de la cruz, en aquel momento supremo de dolor y de amor por el género humano, mirando a Juan e indicándole la Madre la ofreció en él a cada uno de nosotros. Y María a los pies de la Cruz, en Juan, acogió en su corazón a cada uno de nosotros y la humanidad entera como verdadera Madre.

Si bien Jesús lleva actualmente en el mundo su batalla, contra Satanás y los demonios a su servicio, incluyendo la cooperación de los ángeles buenos y de los santos (he mencionado, en precedencia, la misión de San Miguel Arcángel), a la Madre, sin embargo, ha confiado esta misión singular, especial, única e irrepetible. Los mismos ángeles buenos y los santos sirven a Cristo en unión con Ella, correspondiendo prontamente a sus maternales órdenes. Ella, de hecho, Asunta en alma y cuerpo al Paraíso, ha sido constituida Reina del universo junto con su Hijo, participando –subordinadamente a Él y en comunión con Él– de su mismo poder real. Dios le ha concedido ejercer tal poder para realizar su labor de madre hacia nosotros. Su Asunción en alma y cuerpo al Paraíso, no ha conducido a la Virgen lejos de nosotros: al contrario, justamente por esto, ha sido glorificada en la plenitud de su humanidad por Dios, Ella, en Dios, tiene la posibilidad de estar cerca de cada uno de nosotros. Su presencia es un hecho real, concreto, continuo y emplea este poder que Dios le ha conferido para desarrollar la labor de Madre que Dios mismo le ha confiado y que asume con un amor tan grande, que ninguna otra mamá, por cuanto pueda amar a sus hijos, está en grado de igualar. La Virgen se ocupa de cada uno de nosotros con una dedicación, con una bondad, con una ternura y con una solicitud incomparable. Solo cuando estemos en el Paraíso, junto a Ella, comprenderemos cuanto su ayuda y su protección han sido decisivas para evitar las innumerables astucias de la serpiente, que piensa siempre cómo arrastrarnos al mal y provocarnos dificultades de todo género para impedirnos realizar el bien que Dios ha planeado para nosotros.

La Virgen nos ama con un amor no solo afectivo, sino efectivo y eficaz, por lo tanto, debemos tener la certeza que para cualquier necesidad, material o espiritual, encontraremos siempre en ella una Madre diligentísima, atenta también a las cosas más pequeñas de nuestra vida, que dispondrá siempre en el mejor modo según su superior sabiduría y bondad. Cuando nosotros le hablamos, Ella nos presta atención desde lo más íntimo de su Corazón, como si en aquel momento existiéramos solo nosotros. Ella nos ve en lo profundo del alma y ningún movimiento de nuestro corazón escapa a la intensidad de su mirada amorosísima. La Virgen no ignora nada de nosotros: sus dulces y penetrantes ojos abrazan cada instante de nuestra vida y leen en la profundidad de nuestro ser.

Ella nos conoce perfectamente y está atenta a aprovechar toda oportunidad para hacernos el bien, para enriquecer el alma de gracias y para dirigir nuestra vida a la completa realización de aquel proyecto de amor que Dios tiene para nosotros desde la eternidad.

Además, ¿quién de nosotros puede saber de cuáles y de cuántos peligros físicos, pero sobretodo peligros espirituales, aquellos para nuestra alma, esta admirable Madre nos haya salvado sin que ni siquiera nos demos cuenta? Y también, cuando por nuestra libre elección hemos estado lejos de ella, en la indiferencia y en el pecado, Ella ha sido siempre Madre, continuamente busca aprovechar toda ocasión para suscitar en nuestro corazón el arrepentimiento y para obtenernos la gracia de la conversión del pecado.

Si esta Madre está siempre junto a nosotros con sus preocupaciones maternas, multiplica tales preocupaciones particularmente en los últimos días y en las últimas horas de nuestra vida terrena. La muerte es la última batalla, durante la cual se decide la destinación eterna de nuestra alma y, por tanto, Satanás, sobre todo en aquellos momentos, no deja piedra sobre piedra para arruinarnos eternamente. Sabe que el alma está por entrar en la eternidad y por eso le queda poco tiempo y si se le escapa, la pierde para siempre y entonces pone en juego todas sus fuerzas para empadronarse de aquella alma que está por dejar el cuerpo. Ciertamente la Virgen prepara con tiempo la muerte de los hijos que se encomiendan a Ella. Para ellos la muerte nunca es repentina, aun cuando se derriba como una tempestad inesperada. Ella conoce el día y la hora de nuestra muerte y como Madre diligentísima, predispone cada cosa, de tal modo que el paso decisivo sea la hora de la gracia y de la misericordia. Si nos consagramos a Ella durante la vida y consagramos y encomendamos a Ella el momento de nuestra muerte, enfrentaremos los adversarios infernales como un ejército posicionado en batalla, porque si nos asaltasen provocando en nosotros sentimientos de

angustia, escrúpulos, insinuaciones y perfidias para inducirnos a la duda con relación a la Divina Misericordia, la Virgen, reclamando sus derechos de Madre sobre nosotros, confirmados también por aquellos adquiridos por Ella sobre nosotros cuando nos hemos consagrado libremente a Ella, no tardará en intervenir poniendo en fuga a Satanás, y haciéndonos sereno y dulce la separación de nuestra alma del cuerpo. Para aquellos hijos que, por el contrario, estando cercanos a la muerte son separados de Dios y de su corazón de Madre, Ella firma una punzante batalla con Satanás. El enemigo del género humano en aquellos momentos hace todo lo posible para suscitar en el moribundo remordimiento del que no siga el arrepentimiento del mal hecho en la vida y la petición de perdón a Dios, sino la desesperación. El diablo busca por todos los medios favorecer el desánimo para inducir a la rebelión hacia la muerte, al resentimiento hacia Dios y a guardar odio hacia alguien. La Virgen por el contrario, ora para que en el corazón de aquel hijo agonizante permanezca algún sentimiento bueno tenido en vida, resurja el recuerdo de alguna obra buena hecha por él en el pasado o el recuerdo de alguna manifestación sincera de caridad o de amor hecha por él o recibida del prójimo, y está allí tan impaciente, que espera con “ansia” un mínimo disgusto por el mal hecho en vida, sea incluso un mínimo arrepentimiento, aun una tenue petición de perdón y de ayuda a Ella o a Dios, y cuando esto sucede, con infinito júbilo de su corazón de Madre, arrebatada aquel hijo de las garras de Satanás y lo entrega a Jesús.

Nunca podré olvidar lo que sucedió un día mientras exorcizaba al demonio. Él, con grande rabia, exclamó:

Ustedes piensan que Ella está allá arriba, pero Ella no está allá arriba, Ella está a vuestro lado, bastardos, bastardos, ¿qué han hecho para tenerla así de cerca, eh? Y cuando morís, Ella está ahí, Ella está ahí (lo repetía con rabia) y espera un pensamiento vuestro, un palpitar de vuestro corazón hacia el bien, una llamada vuestra a Ese (a Jesús) y Ella está ahí, Ella está ahí esperando por ustedes con el corazón abierto de Madre. ¿Tú sabes qué cosa es una Madre, eh? Una Madre mira tiernamente a todos sus hijos, les enseña el bien, les recuerda el bien y llora, y llora si el hijo, el hijo, el hijo no la escucha, porque sabe que yo, yo lo tomaré, si no la escucha ¡yo la tomaré!

¡La Virgen está siempre con nosotros! Si tenemos viva en nuestro corazón la conciencia de esta materna presencia junto a nosotros y abrimos los brazos de par en par, le abriremos el corazón estableciendo con Ella una relación filial profunda, llena de amor, de confianza, de veneración; si le donamos para siempre a nosotros mismos, totalmente, alma y cuerpo; si la invocamos frecuentemente, con grande confianza y con gran ternura y nos dejamos guiar en todo y para todo por Ella, entonces podremos estar seguros

no sólo que ninguna insidia del demonio podrá abrumarnos, sino que le daremos la oportunidad de actuar cada vez más en profundidad en nuestra vida, en consecuencia, po.estirpe de la Mujer que aplasta la cabeza de la serpiente. Ella, de hecho, podrá servirse de nosotros de manera cada vez más eficaz, porque podrá unirnos más estrechamente a Jesús, convirtiéndonos en los hijos que le ayudarán de modo particular en aquella pelea, que tiene como campo de batalla el corazón de los hombres y que de ellos se propaga en las instituciones, en la sociedad, en las naciones, en los continentes y en el mundo entero, de generación en generación, hasta el triunfo glorioso de Nuestro Señor Jesucristo, cuando se mostrará a todos para el juicio final.

## **10. El poder del Santo Rosario**

Gracias al Rosario la Virgen nos sostiene de manera especial en nuestra lucha personal contra el demonio. El Papa Francisco, para la solemnidad de la Asunción del 15 de agosto del 2013, dijo entre otras cosas: «La oración con María, en particular el Rosario, tiene también esta dimensión «agonística», es decir, de lucha, una oración que sostiene en la batalla contra el maligno y sus cómplices. También el Rosario nos sostiene en la batalla».

Durante el ministerio del exorcismo, experimentamos cómo el Rosario, bien rezado, es bastante temido por el demonio. ¿Por qué motivo el demonio teme mucho a esta oración? Porque mientras suplicamos a la Virgen, con el Ave María, y al mismo tiempo contemplamos en los misterios los acontecimientos de la vida del Hijo, además de meternos en los misterios de la fe cristiana que Ella reúne y refleja en sí, la Virgen intercede por nosotros, con Jesús, ante el Padre, obteniéndonos innumerables gracias. Cuantas veces –mientras ejercía el ministerio del exorcismo- he escuchado al demonio arremeter contra esta oración que él odia particularmente, e incluso contra la Corona material del Rosario, que define “cadena maldita” y yo, por el contrario, repito cada vez: “Cadena bendita que nos une al Cielo”. Una vez, mientras intentaba arrancar la Corona que yo había puesto en el cuello de una persona por él atormentada, exclamó con rabia: “Quien se aferra a esta cadena no se perderá nunca”.

La oración del Rosario produce en nuestra vida y en la vida de la sociedad efectos sumamente saludables. Sabemos cuánto amaba el Rosario San Juan Pablo II y cómo él recitaba frecuentemente y con fervor esta oración. Convencido del poder del Rosario, buscó favorecer la práctica de esta oración entre los fieles escribiendo una hermosísima *Carta Apostólica*, que aconsejo vivamente leer a todos, titulada: *Rosarium Virginis Mariæ*. En ella, San Juan Pablo II hace énfasis al gran valor de esta oración y su utilidad. Además,



recordó también la fuerza que la Iglesia había logrado de esta oración en los momentos difíciles. Él escribió:

La Iglesia ha visto siempre en esta oración una particular eficacia, confiando las causas más difíciles a su recitación comunitaria y a su práctica constante. En momentos en los que la cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Incluso antes, otro Papa, Pío XII, en 1951, escribía así en la encíclica *Ingruentium malorum*:

No dudamos al afirmar de nuevo públicamente que es grande la esperanza que nosotros ponemos en el Rosario para sanear los males que afligen nuestro tiempo. No con la fuerza, no con las armas, no con el poder humano, sino con el ayuda divino obtenido por medio de esta oración, fuerte como David con su honda, la Iglesia podrá afrontar impávida el enemigo infernal.

Muchos santos han experimentado a menudo el gran poder que el Rosario bien rezado tiene sobre el demonio. San Juan Bosco, en uno de sus famosos “sueños” —que eran, en realidad, verdaderas y propias visiones de origen sobrenatural— vio una noche una gran serpiente que estaba por lanzarse sobre él; pero de inmediato vio aparecer también una cuerda robusta, con un nudo, que fue a apretar el cuello de la serpiente hasta matarla. Después, aquella cuerda fue puesta, como por una mano invisible, en un cajón. Cuando San Juan Bosco —siempre durante la visión— fue a abrir aquel cajón, encontró la cuerda puesta de tal forma que formaba dos palabras: «Ave María». El santo explicó así el significado de aquella visión:

La serpiente representaba al demonio; el nudo de la cuerda que había apretado el cuello de la serpiente, representaba la oración del Ave María que impide al demonio moverse para realizar sus planes; el resto de la cuerda representaba la corona del Rosario, que es una continuación de Ave María con las cuales se pueden vencer todos los ataques y las insidias del demonio.

Otro santo que había entendido el valor excepcional del Rosario en la lucha contra el demonio, fue el padre Pío de Pietrelcina. Él invitaba a todos a recitarlo bien y con frecuencia. A los que le estaban cerca les decía: «Si la Inmaculada en Lourdes, y aún más, el Corazón Inmaculado en Fátima han recomendado con insistencia la oración del Rosario, ¿no significa quizá, que esta oración tiene un valor excepcional para nosotros y para nuestro tiempo?». El Padre Pío amaba llamar al Rosario «el arma que la Virgen pone en nuestras manos para conseguir siempre y donde sea la victoria sobre los enemigos infernales». Una tarde, después de haberse acostado, pidió enseguida la corona que estaba sobre la mesita de noche; y recibéndola, añadió: «Con

esta se vencen las batallas». A quien le preguntó cuál oración hacer todos los días por toda la vida, el Padre Pio respondió: «El Rosario». El testamento que dejó antes de morir, fue: «Amen la Virgen y háganla amar. Reciten siempre el Rosario».

## 11. La Virgen en los exorcismos

Paso ahora a describirles cómo se manifiesta de un modo evidente la presencia de esta Madre, si Ella viene invocada, mientras viene exorcizado el demonio. Observando de hecho, durante los exorcismos las actitudes y las reacciones del demonio por medio de las personas por él poseídas, y presenciando las progresivas derrotas que con gran disgusto y rabia reciben por la intervención de la Virgen María cuando Ella viene invocada y llamada con fe, los exorcistas ven realizada la gran consolante verdad de la presencia de la Virgen en nuestra vida y en la vida de la Iglesia, y ven confirmadas, de manera evidente, aquellas palabras que Dios dirige a Satanás: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar».

En muchos sitios, hace algunos años, me fue pedido insistentemente testimoniar en un libro esta experiencia. La certeza de que su conocimiento pudiera ser de edificación espiritual para los fieles, y consecuentemente motivo de ulterior gloria a la Virgen Inmaculada, me obligó a publicarla en un volumen titulado *La Vergine Maria e il diavolo negli esorcismi*. En él describo cómo la experiencia del exorcismo confirma las verdades que la Sagrada Escritura nos revela acerca de la misión de cooperadora insustituible que la Virgen ofrece al evento central de Cristo Redentor, la dignidad extraordinaria que Ella reviste entre las creaturas humanas y angélicas, y los efectos decisivos que un auténtico culto a su Corazón Inmaculado produce en la lucha contra Satanás, demostrando así una vez más cómo Ella, la Siempre Virgen María, la Inmaculada Madre de Dios y de todo hombre, la Asunta al cielo en alma y cuerpo, es realmente la Mediadora materna de gracias, porque es Ella siempre la que obtiene del Hijo la liberación del demonio.

En este volumen, además, he querido testimoniar cómo los demonios, si son afrontados por los exorcistas en estrecha unión con la Virgen María, son obligados a testificar la dignidad extraordinaria que Ella reviste entre las creaturas humanas y angélicas; son obligados a confesar toda la verdad sobre Ella y su completa impotencia frente a Ella. Se verifica de hecho, a lo largo de los exorcismos, un peculiar alternarse de expresiones desdeñosas por parte de los demonios, los cuales gritando, se dirigen a Ella con odio indescriptible y sin atreverse a llamarla por el nombre, salvo en raras ocasiones, la llaman

con el adjetivo demostrativo “Esa” agregando un cúmulo de imprecaciones, injurias, ofensas y vulgaridades en relación de esta queridísima Madre nuestra; pero al mismo tiempo, encontrándose cegados por el esplendor divino que esta queridísima Madre nuestra emana -y que para ellos es cegador y dolorosísimo- los demonios son obligados, a su pesar, a alternar hacia Ella elogios con dulcísimas alabanzas en las cuales, nosotros exorcistas, recogemos la confesión trágica e impresionante de los demonios acerca de la plena conciencia que ellos tienen del valor de la belleza y de los dones maravillosos que después de su rechazo a Dios han perdido para siempre.

En el volumen he indicado algunos de estos testimonios que he recogido durante los exorcismos, señalándolos con el título: «Esempi tratti da esorcismi», haciéndolos, sin embargo, preceder siempre en cada párrafo por una catequesis en la cual he presentado la enseñanza de la Sagrada Escritura, la enseñanza de los Padres de la Iglesia, del Magisterio de la Iglesia, y también, a veces, ejemplos y palabras de los santos, porque, como a lo largo del texto he explicado, estas son las referencias seguras para nuestra vida cristiana. Como ya les he mencionado, estas expresiones son experiencias que hacen énfasis una vez más en la gran acción de Dios mediante su Hijo Jesucristo en la potencia del Espíritu Santo por la intercesión materna de María en nuestra vida. Frente a las reacciones de los demonios se evidencia de hecho, en mayor medida, la acción de Dios y de la Virgen María, los cuales son de tal forma obligados a su pesar a desvelar el amor de Dios y de la Virgen María hacia nosotros.

Les cuento solo un testimonio, aquel que engloba en sí todos los otros, porque se trata del momento de la liberación de una persona que era poseída durante casi dos años por el demonio.

Por la liberación realizada, le pedí que describiera lo que había experimentado en esos momentos. Esta es su declaración:

El monstruo -así ha definido aquella presencia maléfica- se agitaba por todas partes, había perdido toda su habitual arrogancia, parecía desesperado. Intentaba morder las manos que lo sostenían, tirar el crucifijo que me había sido apoyado sobre el pecho y con gran dolor mío, escupir sobre él. De repente, me sentí inundada por una luz blanquísima, envolvente, que me daba una sensación de paz dulcísima, mientras que al monstruo provocaba dolores atroces, por lo que yo percibía una sensación de asfixia y de liberación al mismo tiempo. Aquella gran luz parecía descender como una especie de velo, que estaba envolviendo a todos los que estaban en aquella sala, incluyéndome, y atravesaba como mil espadas los ojos del monstruo que gritaba agitándose y diciendo que el manto de Esa (evidentemente se refería al manto de la Virgen) estaba envolviéndonos a todos los que estábamos presentes, y esto le producía tan terrible sufrimiento que le hacía retorcer

de un modo indescrptible. Al final, lanzó un grito nunca antes escuchado y yo me sentí destrozarse, como si me hubieran revuelto completamente desde dentro hacia afuera. Después, se produjo improvisamente calma y silencio y yo abrí los ojos, despertándome sola del trance, encontrándome rezando instintivamente el Ave María que estaban rezando todos los que estaban a mi alrededor.

Esto es lo que ha testimoniado la mujer de su liberación. En cambio nosotros, que estábamos presentes y podíamos ver las reacciones del demonio, lo escuchamos decir: «Demasiada luz, demasiada luz, mantenla lejos, mándala fuera, mándenla fuera, idemasiada luz!»

Yo le ordené que me dijera que cosa fuese aquella luz y el respondió:

Ella está aquí, siempre Ella. Ella me aniquila todo el tiempo. Ella no hace otra cosa que pedir por vosotros a su Hijo, y en todo viene escuchada. Ningún humano debía tener este poder. ¿Por qué nos ha humillado de esa forma? ¿Por qué nos ha humillado de esa forma? Nos ha puesto por debajo de todos. Su Hijo, que debía ser solo Dios, se ha hecho también hombre, y para hacerlo Él ha escogido una mujer. Esa que está ahora aquí, la humildísima.

Algún momento después lo escuchamos todavía gritar y decía: «Envuelve a ellos, pero déjame fuera. Déjame fuera de este manto, no lo quiero. Ellos son tus hijos, no yo. Déjame fuera, ese manto me destruye, idéjame fuera!».

Algún momento todavía de contorsiones y de gritos, después comenzó a asumir las mismas expresiones de un moribundo, hasta que la mujer emitió algo que era entre un grito y una larga expiración, al final de la cual pareció que arrojó al suelo algo invisible que le salía de la boca. Se despertó de inmediato del trance y comenzó a decir el Ave María junto a nosotros. Los controles sucesivos, en las semanas siguientes, demostraron que había sucedido una verdadera liberación. Cuando esta liberación fue para nosotros algo indudable, nos arrodillamos y, como también el ritual de los exorcismos invita hacer, llenos de alegría recitamos el Magnificat.

## **Conclusión**

Concluyo agradeciendo con vosotros, desde lo profundo del corazón, a esta Madre por lo que ha hecho por la Iglesia desde el inicio de la historia del cristianismo a lo largo de los siglos hasta hoy, y por lo que todavía hará hasta el regreso glorioso del Hijo; quiero agradecerle por lo que ha hecho por cada uno de nosotros, desde el momento en que comenzamos a vivir en el vientre materno, y por lo que todavía hará hasta nuestro ingreso en la eternidad, hasta que gocemos -junto a Ella y con Ella- de la gloria sin fin contemplando el rostro de Dios.

Por lo tanto, consagrémonos a Ella y vivamos siempre mejor la donación total de nosotros mismos a su corazón de Madre, entregándole en sus manos nuestra voluntad y toda nuestra vida terrena, la hora de nuestra muerte y la eternidad. ¿Qué cosa no podemos esperar de una Madre que es también la Madre de Dios y la Reina del universo? Nuestro corazón se abre a una confianza sin límite hacia Ella, porque la Virgen, con inefable amor, pone a nuestro servicio su santidad inmensurable, sus poderes reales, sus maravillosos carismas, sus exclusivos privilegios. Ella es la Madre generosísima que da todo lo que posee a los hijos que recurren a Ella. Mientras más amemos a esta Madre y nos consagraremos a Ella, más viviremos en profundidad tal consagración, más podrá Ella entrar en nuestra vida comunicando a nuestro corazón lo que hay en su Corazón Inmaculado, es decir, sus sentimientos, sus pensamientos, sus disposiciones, sus virtudes, su bondad, su oración, su humildad, su pureza, su fe, su caridad, su generosidad, su espíritu de sacrificio y la oferta continua de su propia vida a Dios. Y es así que gradualmente podrá imprimir en nosotros la fisionomía, los lineamentos espirituales de Jesús hasta realizar perfectamente el diseño maravilloso que la Santísima Trinidad tiene sobre nosotros.

Alabemos siempre esta Madre sin temor a que alabándola, se reste algo a Jesús, todo lo contrario. La Virgen «es esplendor que no ensombrece la luz de Cristo, porque vive en Él y para Él»<sup>10</sup>. Alabando a María se glorifica la fuente de la luz, el manantial de todo bien que es Jesús con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Amén!

---

<sup>10</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Acto de consagración a María*, domingo 8 de octubre de 2000.